

# *La novela de Sicilia.* Gioacchino Lanza Tomasi es el heredero universal de los derechos de *El Gatopardo*, un clásico de la literatura mundial, la novela que todo el mundo recuerda cuando se habla de Sicilia, con permiso de Andrea Camilleri

corresponderle. Pero pronto descubrió que él tenía esposa e hijos, y que había decidido regresar a su país. Devastada por el amor traicionado que estaba a punto de abandonarla, decidió vengarse. Y, una noche en la que el moro dormía, le cortó la cabeza, hizo con ella un jarrón y plantó albahaca en su interior. Después, colocó la Cabeza de Moro en su balcón y se dedicó al cuidado de la planta. Sus vecinos, embriagados por el olor de la albahaca, que crecía exhuberante, mandaron hacer macetas de terracota igual que la que ella tenía. Casi mil años después puedes encontrar, en cualquier rincón de esta isla, la Testa di Moro en todos los formatos que uno pueda imaginarse.

## Una casa en la que habita el auténtico espíritu de El Gatopardo

La duquesa Nicoletta Polo nos recibe en el portón del palazzo Lanza Tomasi con un caluroso “bienvenidos a nuestra casa”, en un castellano perfecto. Acaba de terminar sus clases de cocina y está cansada. Cuando nos sentamos en un salón con sofás de raso amarillo exclama: “No están hechos para mujeres bajitas como yo. Son asientos para hombres!” Porque, aquí, la historia de una familia de abolengo como la de los Lanza, pesa, y pesa mucho. “Cuando me casé con Gioacchino -cuenta- mi suegra, Conchita Ramírez de Villaurrutia y Camacho, que había nacido en la embajada española en Constantinopla, me dijo: *Te quiero regalar unas joyas de la familia, algo sencillo que puedes ponerte a diario.* Y me dió unos pendientes de oro y brillantes con un anillo a juego ¡que casi me cubre todo el dedo! ¿Te imaginas ir al mercado a hacer la compra con semejante sortija?” Y lanza una contagiosa carcajada. “¿Al mercado?”, le pregunto. “Sí, voy con mis alumnos todos los días que tenemos clase de cocina, a las ocho y media de la mañana”. Una de las ofertas de este palazzo son las clases de cocina siciliana bajo el eslogan: *A Day Cooking with the Duchess*. “Yo no tenía ni idea de cocinar y en esta casa no había ningún libro de recetas, porque mi suegra no sabía ni dónde estaba la cocina. Se cuenta que un día que se lo preguntaron respondió: *Creo que es una habitación con azulejos blancos.* Bueno, era adorable y me llevaba muy bien con ella, muy divertida y muy inteligente. Mi marido y yo vivimos una temporada en Nueva York donde Gioacchino dirigió el Instituto Italiano de Cultura. Un día, una amiga nuestra, la típica americana emprendedora, me dijo: *Cuando regreses a Europa vas a dar clases de cocina. Tienes todo lo que se necesita para crear una buena marca: eres duquesa, hablas varios idiomas y tienes un hermoso palazzo en Palermo.* Y así nació *A Day Cooking with the Duchess*. La actividad está muy concurrida porque los grupos son pequeños, de unas

seis personas, e incluye compra de los ingredientes en el mercado, recolecta de hierbas aromáticas de la terraza del palazzo Lanza Tomasi, clase práctica de cocina siciliana de unas cuatro horas de duración, almuerzo en el comedor familiar y visita al palazzo. “No sólo hago recetas de Palermo sino también de la isla de Pantelleria, una cocina riquísima con recetas muy originales. Hoy hemos hecho unos Panelle que pongo en moldes con forma de estrella, algo más refinado, propio de una duquesa, nos dice con la sorna que le caracteriza, Pasta con Coliflor, Ragú de Atún con Patatas aderezadas con hierbas del jardín, y la famosa Gelatina de Naranja, Mandarina y Limón”.

Las personas que se apuntan a sus clases vienen de fuera de Sicilia y también suelen alojarse en los once apartamentos que se alquilan dentro de las instalaciones de esta casa (*butera28.it*). “Son como casas de vacaciones que alquilo por noche o por semana. Porque no te digo cuánto cuesta mantener esto: miles y miles y miles y miles de euros, ¡una locura! Además, el gobierno italiano es el único de Europa que no da ninguna ayuda para sus casas históricas, ni siquiera una reducción de impuestos. Ahora lo hago todo yo sola porque mi marido tiene ya 88 años y no está bien”. Nosotros no llegamos a tiempo para recibir una clase de cocina, pero Nicoletta nos invitó a pernoctar en unas encantadoras habitaciones, decoradas con los mismos muebles que la parte privada de los duques, donde pudimos vivir la experiencia de pasar una noche en un histórico palazzo palermitano, al tiempo que comprobamos que ella recibe personalmente a los huéspedes y revisa todos los detalles. Hay escasez de personal.

Pero lo que hace única a esta casa es que aquí se custodia el legado del escritor siciliano Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de *El Gatopardo*, un clásico de la literatura mundial, la novela que todo el mundo recuerda cuando se habla de Sicilia, con permiso de Andrea Camilleri. Gioacchino conserva la biblioteca literaria del escritor tal y como él la dejó (ya que vivió en este palazzo), algunos de sus cuadros y el manuscrito original de la novela escrito a máquina donde, protegido por una vitrina de cristal, puede leerse, en italiano, el arranque de la historia. Además, Gioacchino Lanza Tomasi posee los derechos de autor de la única obra que escribió Giuseppe, “que se terminan en 2027 y son casi nada”, me explica Nicoletta. “Porque cuando por fin una editorial se decidió a publicar la novela, en 1957, Tomasi era un desconocido que ya había fallecido, y a su mujer le dieron el cuatro por ciento de las ventas. Pero veinte años después, cuando ya se había convertido en un clásico y cualquier editorial del mundo le hubiera dado un setenta por ciento de los beneficios, la engañaron y



**Mondello, la playa de los palermitanos.**

A 13 kilómetros del centro de Palermo, en una ensenada a los pies del monte Pellegrino, se encuentra esta bella vía de escape. En los años 20 del siglo pasado los burgueses adinerados de la ciudad edificaron aquí sus casas de estilo Liberty.

El edificio del balneario Kursal es un hermoso emblema de la Belle Epoque.

volvió a quedarse con un cuatro por ciento. Así es que, durante los primeros 40 años, cuando *El Gatopardo* fue un boom, no cobramos casi nada. Ahora tenemos una buena agente literaria y va mejor, porque se siguen haciendo nuevas traducciones en todas las lenguas”.

Antes del éxito que el escritor no disfrutó en vida, Giuseppe, que no tenía hijos, adoptó legalmente a Gioacchino, un pariente lejano, que añadió a su apellido Lanza el de Tomasi. “Giuseppe conoció a Gioacchino en el palacio Mazzarino de los Lanza. El escritor se dio cuenta enseguida de que mi marido era el hijo ideal que le hubiera gustado tener y organizó clases de literatura francesa, inglesa y española para él y sus amigos. Era el año 1948. Giuseppe estaba terriblemente deprimido porque en la Segunda Guerra Mundial lo había perdido todo: el palazzo Lampedusa fue bombardeado por los americanos y aquel fue el final de sus objetos, su historia y su identidad. Sólo pudo salvar los libros que tenemos aquí. Su esposa, Alexandra Wolff Stormessee, que era psicoanalista, le sugirió escribir una novela en la que narrase la historia de su familia. Le hizo caso y comenzó a escribir en diver-

sos cafés que había por esta zona. Eligió como protagonista a su bisabuelo, Giulio Fabrizio Tomasi di Lampedusa, que en la novela es Fabrizio Corbera, príncipe de Salina, encarnado en la película de Visconti por Burt Lancaster. El otro gran protagonista de *El Gatopardo*, Tancredi Falconeri, está inspirado en Gioacchino, aunque no es exactamente como él. La mujer de Giuseppe tenía razón y escribir le sacó de la depresión. Sin embargo, le descubrieron un cáncer de pulmón del que murió a los 60 años. Nunca imaginó el éxito que tendría porque falleció después de que dos importantes editoriales, Einaudi y Mondadori, le devolvieran el manuscrito, convirtiéndose en uno de los casos más famosos de rechazo de una gran novela”.

La asistente de Nicoletta le avisa de que le reclama una de las inquilinas de sus apartamentos. La duquesa se echa las manos a la cabeza y exclama: “¡Ya está otra vez la alemana con sus cosas!” Qué vida la suya, tan diferente a la de sus antepasadas, como la de la madre de su suegra, buena amiga de Picasso, que recibió un pequeño dibujo del pintor que Nicoletta me enseña, colgado en una de las paredes del palazzo. Junto a él, Picasso le envió también un retrato de su hija, la suegra de Nicoletta, pero se lo devolvieron porque no les gustó. “¡Claro que, por aquel entonces, Picasso no era Picasso!” reconoce. Pero a Nicoletta no le fascina aquella vida, ella ama a Gioacchino y quiere seguir trabajando para que no se pierda el fabuloso legado que la suerte hizo recaer en su marido. **T**